

y ¿qué habrá más allá del infinito,
de esta bóveda hostil en el reverso,
por donde nace y donde muere el mito?
Deje al menos en este pobre verso
de nuestro eterno anhelo el postrer hito.

La esperanza yace, moribunda, pero no se resigna a morir del todo. Unamuno acepta la existencia de la "ilusión de ser" bajo la "bóveda hostil", pero si el universo le parece carecer de sentido se pregunta simplemente qué habrá más allá o tras él, como el jugador que acaba de perderlo todo y pregunta ansiosamente, patéticamente, cuáles son las reglas de un nuevo jugador.



"El poeta murió sin confesarse"

Y así llegamos por fin al último poema de Unamuno, escrito el 28 de diciembre, tres días antes de su muerte:

Morir soñando, sí, mas si se sueña morir, la muerte es sueño; una ventana hacia el vacío; no soñar: nirvana; del tiempo al fin la eternidad se adueña. Vivir el día de hoy bajo la enseña del ayer deshaciéndose en mañana; vivir encadenado a la desgana ¿es acaso vivir? Y esto ¿qué enseña? Soñar la muerte ¿no es matar el sueño? Vivir el sueño ¿no es matar la vida? ¿A qué al poner en ello tanto empeño aprender lo que al punto al fin se olvidaba escudriñando el implacable ceño —cielo desierto— del eterno dueño?

En el poema —el más ambiguo y difícil de la serie— aparecen ecos del soliloquio de *Hamlet* y de Quevedo. Se trata, entre otras cosas, de escoger entre lucidez y ensueño como actitud aceptable para el momento de la muerte. Al final, paradojas y contradicciones: el cielo desierto aparece como implacable ceño de Dios. No hay dudas en cuanto a lo angustiado del tono. Sí las hay con respecto a la esencia de este eterno dueño, que es quizá Dios, o quizá la muerte o la nada.

Tres días después moría Unamuno. La agonía fue corta. El poeta murió sin confesarse; las autoridades se negaron a darle un entierro público y solemne, como tenían proyectado. Como el Cid, que ganaba batallas después de muerto, ha seguido Unamuno después de su muerte, su muerte individualista, altiva y solitaria, agitando a los hombres de su tiempo, de nuestro tiempo; incitándoles a que penetren en sí mismos, bien adentro, como él lo hizo, aunque sea para encontrar en su interior la soledad y la angustia que él encontró.

H U M O R

DE CÓMO TRATAR A LA SERVIDUMBRE

Por Jean ROSTAND

Dibujos de Andrée BURG

Sería conveniente que los amos penetrasen las tinieblas en que viven los sirvientes.

Jean Genet, *Las criadas*.

NOTA

Económicamente los profesores e investigadores de la Universidad no estamos mal del todo, pero tampoco bien del todo. Ganamos lo justo para vivir. Pero los investigadores sobre todo, por las exigencias de nuestro trabajo, vamos perdiendo la poca elasticidad que originalmente poseíamos en lo que a nuestras relaciones sociales se refiere. Mientras los profesores universitarios hablan con los alumnos todos los días y así se mantienen socialmente "al día", nosotros casi no hablamos con nadie, y al llegar a casa, cansados en la noche, nos encontramos con que no sabemos ya ni tratar con la ¹ criada. Esto ocasiona que con frecuencia, por nuestra falta de habilidad y tacto, lleguemos a carecer por tiempo variable, de los indispensables servicios caseros. ¿Qué no será de nosotros, cuando en este respecto incluso avezados industriales y comerciantes confiesan tener serios problemas!

No cabe duda de que México atraviesa hoy, amén de otras, por una verdadera crisis de servicios domésticos. Con el fin de ayudar especialmente a los investigadores, hemos traducido este capítulo del libro de J. Rostand *La Loi des Riches*, publicado en 1920 ya que posee el doble valor: 1º de pertenecer al eminente biólogo francés, y 2º de ser uno de los mejores estudios extrabiológicos que de él conocemos. Forma la novena sección de un librito dividido en diez, de 127 páginas que comienza de esta manera:

"El Hombre se encontraba solo con su hijo en el cuarto cerrado. Habló durante mucho tiempo, y no sabiendo que se le oía al otro lado de la pared, creyó poder prescindir de toda hipocresía."

En efecto, se trata de lo que un Rico dice a su hijo al llegar éste a la mayoría de edad.

Por supuesto, recomendamos al lector, y sobre todo al investigador distraído, guardar para sí el contenido de la sección de *La Loi des Riches* que traducimos y bajo ningún pretexto hacerla llegar a la servidumbre propia o ajena.

*

Si en El asalto a la razón, Lukács mantiene y prueba que no hay filosofía inocente, sino que toda filo-

¹ Se utiliza aquí el singular por considerarlo científicamente más apegado a la realidad.

sofía acarrea una actitud ante la lucha de intereses de las clases sociales, Rostand ejemplifica con gracia y conocimiento, algunos de los aspectos de estos intereses, y una de estas actitudes.

Santiago Genovés T.

*

EN FIN, hay Pobres con los que tú no podrás evitar entrar en contacto cotidiano y en tu casa: la servidumbre. Tienes pues necesidad de conocerlos bien, ya que desempeñarán en tu existencia un papel preponderante. Estos extranjeros, que habitan nuestra casa, a pesar de los elevados muros que hay entre ellos y nosotros, y aunque comen en la cocina, pasan por la escalera de servicio y se acuestan en las buhardillas, están mucho más estrechamente ligados a nuestras vidas que nuestro amigo más íntimo. No hay un día en que la conversación no trate infaliblemente de ellos, que no nos veamos forzados a reflexionar a propósito de ellos, o que no tengamos que tomar una decisión que les concierna. El tiempo precioso que nos hacen perder es inimaginable. Sin cesar debemos de echar a un lado las más graves preocupaciones para rebajarnos a problemas mezquinos del servicio. Desde luego, de todas las recomendaciones, cuyo conjunto constituye *La Ley de los Ricos*, las que tratan de la servidumbre son las que se transmiten menos imperfectamente y las mejor observadas. El que conozca bien a la servidumbre puede vanagloriarse de conocer a fondo el alma compleja de los Pobres: estimo que su estudio, si se hace a fondo, será una preparación excelente para todos los que, por su carrera, tienen necesidad de conocer la psicología de los inferiores.

Existen ministros, jefes de Estado que pretenden gobernar un país, y que podrían aprovechar con utilidad los consejos de ciertas amas de llaves. En suma, es a través de los mismos principios, hijo mío, como se dirige a pueblos enteros o a una simple ayudante de cocina.

Por otra parte, la Sirvienta ofrece, para el estudio, grandes ventajas. Al igual que esos animales de laboratorio que el sabio escoge porque son fáciles de conseguir y de enseñar, nosotros la tenemos constantemente bajo nuestros ojos, a domicilio; nosotros la entrenamos, la vigilamos, y encontramos en ella un vasto campo de observación, incluso de experiencia. Se trata de un Pobre tranquilo, sin peligro; como sus amenazas son todas sólo individuales, resultan inofensivas, y las molestias que nos ocasionan no podrían compararse, en lo que a su gravedad se refiere, a las que causan a

sus patrones, por ejemplo, los obreros. Tan pronto como nos disgusta, desaparece instantáneamente, o dentro de un período máximo de ocho días. En fin, es el Pobre típico, el único que no posee más que un nombre, el único que se dirige a nosotros en tercera persona y nos presenta en gran esquema, lo que los otros ejemplares de su clase nos dejan entrever mucho menos claramente.

No es precisamente fácil encontrar una buena criada. La dificultad aumenta cada año; y estamos lejos, hoy, de poder escoger con la facilidad de otros tiempos. La servidumbre lo sabe, desde luego, y se aprovecha de su escasez para mostrarse más exigente. Es ella quien nos dicta sus condiciones en el momento actual. Ciertos Ricos, de temperamento pesimista, prevén que pronto llegaremos a una época en la que será imposible conseguir servidumbre. Sin ir tan lejos como estos amantes de lo negro, puesto que creo que un trabajo poco fatigoso y bien remunerado en suma seducirá siempre a una parte notable de la Pobreza, debo admitir que con frecuencia no sabemos qué hacer cuando se trata de reemplazar a una criada que nos deja. Por grande que sea tu impaciencia no deberás jamás arriesgarte por precipitación, a introducir en tu casa a un individuo del que no hayas podido reunir un mínimo de garantías. Será preferible que tú mismo te arregles, durante varios días, mejor o peor tu casa y tu cocina antes que ignorar quién es el que tomas. ¿Cómo defendernos de futuras jaquecas en el momento de abrir a un inferior nuestra casa, normalmente tan cerrada? Lee atentamente el certificado que te trae. Sé muy bien que en estos momentos de indulgencia universal en los que vivimos, el certificado ha perdido mucho de su valor primitivo; sin embargo, de la misma forma que en un artículo de crítica exageradamente laudatorio, tú puedes, si sabes leer entre líneas, discernir el mérito real de la obra o del libro, así entre las líneas del certificado, podrás aproximadamente reconocer las cualidades de la sirvienta.

A pesar de todo, los amos poseen un embrión de solidaridad, y tienen ciertos escrúpulos de recomendarse con demasiado calor unos a otros una sirvienta demasiado indigna. Lo que hay que buscar en el certificado no es lo que en él se encuentra, sino lo que falta. Yo esaría definir el alma de la sirvienta como un negativo fotográfico: las porciones en sombra no aparecen. Por ejemplo, si se



evita en el certificado la palabra honestidad, puedes concluir inmediatamente que la sirvienta es una ladrona. Existe un cierto número de cualidades cardinales que el amo no puede olvidarse de mencionar, y cuya ausencia no debe interpretarse sino como una omisión voluntaria y motivada. Un amo excepcionalmente sensible se esforzará en disimular la carencia de la cualidad cardinal bajo un montón de cualidades accesorias. En vez de "honesta", leerás: "trabajadora, bien dispuesta, activa..." Por poco vivo que seas, no te dejarás engañar por estos subterfugios.

Extraerás un indicio complementario del número de meses o de años que la sirvienta ha estado en otras casas. La que ha pasado por pocas vale más *a priori* que la que atraviesa nuestras casas como un meteoro. Desconfía de la sirvienta demasiado perfecta, es a menudo la peor. Toda sirvienta tiene por lo menos una tara; en lo que a mí respecta, me tranquilizo cuando la puedo ver al primer golpe y no es redhibitoria.

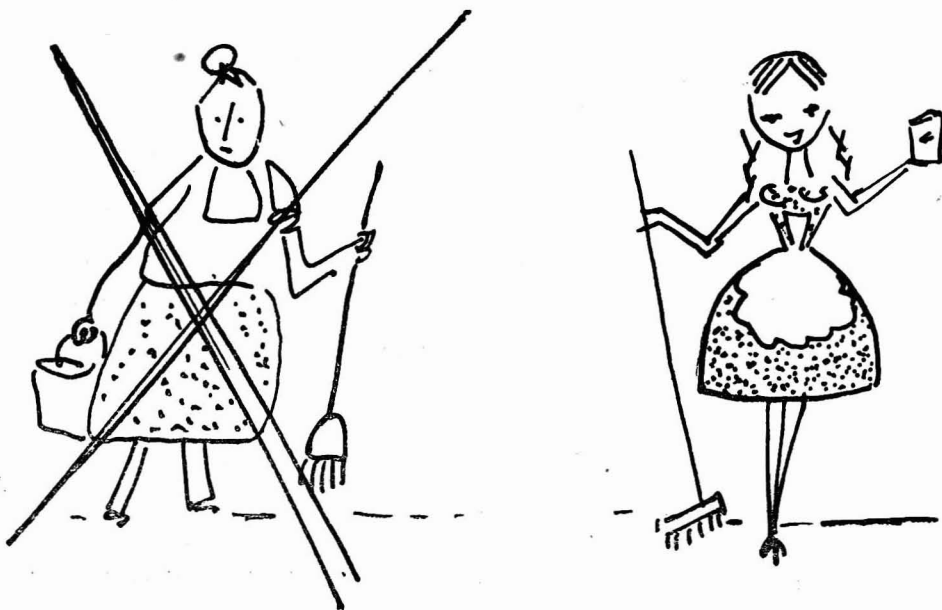
Preferentemente busca tu sirvienta en el campo: están menos consentidas que en la ciudad. Vale más una rústica sin estilo, pero no corrompida. La dureza y las privaciones de la vida en el campo, nos preparan las mejores sirvientas. Bendice tu buena suerte si gracias a ella encuentras en el campo a la joven dispuesta que quiera aprender en tu casa. Edúcala bien. Cuidala. Impídele que se pervierta al contacto con los demás.

De cualquier forma escoge una sirvienta joven y vigorosa; no sea que por su debilidad o por su edad avanzada te veas obligado a utilizar sus servicios con cuentagotas. Evidentemente, desde el momento en que le pagamos, tenemos el derecho de exigirle todo el servicio que nos debe; sin embargo con nuestra mansedumbre habitual, de la que conviene desconfiar siempre, ocurrirá que no osa-

remos llamarla para todo aquello que haga falta: hacerla subir o bajar las escaleras, enviarla a recados. Nos convertiremos entonces en la víctima de la sirvienta frágil. ¿De qué nos sirve tener criados a nuestro servicio si debemos preocuparnos de su salud? Lo peor que nos puede suceder es que la sirvienta caiga enferma. Por supuesto, si la enfermedad es por lo menos un poco grave la expedimos sin demora al hospital; siempre puede transportarse y las ambulancias están, hoy, bien acondicionadas y calientes. Sin embargo, lo más frecuente es que no tengan más que una ligera indisposición. Terriblemente glotonas, comen siempre demasiado en casas como las nuestras en las que abundan los alimentos, por lo que, a menos que posean un estómago a toda prueba, se exponen a continuas molestias gástricas: en estos casos, hay que cuidarlas a domicilio, quedando desorganizado todo el resto de tu personal. Los otros sirvientes revolotean alrededor de la enferma, le proporcionan toda clase de cuidados, le preparan compresas, cataplasmas y tisanas; le hacen compañía, y le leen el periódico. La solicitud que despliegan por su camarada sirve admirablemente bien a su pereza, por lo que alargarán la enfermedad tanto como les sea posible. ¡Atrévete a suscitar la menor queja, y te considerarán un monstruo! Créeme, no sobrealimentes a tu servidumbre.

En lo que al salario se refiere, sujétate a los usos locales, ya que desde luego descansan en la vieja tradición establecida por los ricos. En fin, en esto quiero ponerte en guardia contra toda propensión a la generosidad. Tenemos, en bien de la comunidad de los amos, el deber sagrado de no pagar demasiado a la servidumbre. El que abusa de un exceso de riqueza para pagarles mucho, lleva a cabo una acción egoísta y demoledora. Soslaya las funciones del amo. La sirvienta que, hasta ese momento, se hallaba perfectamente feliz, aparecerá bruscamente muy desdichada al saber que un camarada gana más que ella. Recuerdo que un extranjero varias veces millonario vino un día a instalarse en el país donde yo vivía. Su servidumbre estaba un poco mejor pagada que la mía. La diferencia no era grande: lo único que tenían de más era el vino, lo que no impidió que los míos, al saberlo, tomaran una actitud rezongona y gruñona. ¡Como que se les acabó la alegría! Cesé de oír sus groseras carcajadas, ascender por el tiro de la chimenea a la hora de sus comidas. Empezaron a servirme con una mala voluntad evidente, y una buena mañana los vi llegar en grupo para pedirme aumento de salario. Por principio, tuve que echarlos a todos a la calle a pesar de que había entre ellos algunos excelentes que me agradaban mucho.

No te exaltes contra la servidumbre. No te indignes de lo que pueda hacer o



decir; no vale el daño que uno hace a sus nervios al irritarse. ¿Qué esperar de estos seres que ven en la esclavitud una carrera, que se constituyen voluntariamente en nuestros prisioneros y que optan por los más bajos menesteres? ¡Sirvámonos de ellos ya que no sabíamos prescindir de sus labores, y felicitémonos de que sean lo suficientemente poco finos para servirnos, pero cuidémonos de considerarlos como humanos! Cualquier acercamiento, cualquier devoción de que nos den muestra, es parte de su servicio. No te encariñes nunca. Les hemos correspondido ampliamente cuando les pagamos su salario.

Siguiendo la táctica habitual de los pobres, la sirvienta, tan pronto como pertenece a un nuevo amo, tantea el terreno, explora, observa, estudia las costumbres de la casa, y pronto logra descubrir las ventajas y los inconvenientes. Se esfuerza en discernir a qué especie pertenece su amo; enérgico o débil, vigilante o distraído, blando o severo, decidido o irresoluto. En este respecto, desde luego, se le ha instruido ya con anterioridad, pues cada amo tiene su reputación bien asentada en el resto de la servidumbre. A pesar de todos los certificados que nos trae sabe con frecuencia más sobre nosotros que nosotros sobre ella.

Comenzará por ser absolutamente perfecta; después irá haciendo tentativas minúsculas de negligencia, de pereza, de independencia. Si no cortas de raíz estas veleidades la sirvienta continuará envaletonándose; todo lo que se le deje pasar sin reñirla será considerado como admitido, como aprobado; así, avanzando gradualmente, a saltitos infinitesimales, y sin perder jamás el terreno ganado, irá siendo más y más negligente, perezosa o libre; y la gradación es tan metódica que nos encontramos, un día, sorprendidos al darnos cuenta de que la sirvienta ya no hace nada y nunca se la encuentra.

Aprende pronto a marcarle el paso a la sirvienta. Como a esos animales a los que hay que enseñarles a ser limpios, nunca es demasiado pronto para instruir la en los buenos hábitos.

Que se sienta espiada, controlada; que tenga bien clara la impresión de que posees el don de la ubicuidad, que nada te pasa inadvertido, que de la bodega al granero unos ojos bien abiertos la observan en todo momento.

Cuando cometa una pequeña falta, incluso si no merece una reprimenda, no te ahorres mostrarle que tú te has dado cuenta: le evitarás el placer de creer que ella te gobierna.

Como yo te conozco bien, empezarás por intimidarte ante la idea de reñir a alguien mayor que tú. Todo es acostumbrarse. Incluso acabarás por extraer un cierto agrado al hacerlo.

No pierdas jamás la oportunidad de llamarle la atención; con justicia o sin ella, le hará mucho bien. Después de que la has reñido, el polvo desaparece como por encanto y los suelos resplandecen bien pulidos.

Cuando una sirvienta no te gusta, incluso si no tienes ninguna razón para despedirla, suscita con habilidad el pretexto: verás la forma de hacerle la observación molesta a la que no puede dejar de contestar.

Para evitar los celos entre tus servidumbre, los tratarás a todos sobre un plano de rigurosa justicia. Nada de preferencias, nada de favoritismos, ni si-

quiera para la que lleva en tu casa mucho tiempo.

No des jamás muestras de familiaridad a los que te sirven; ya que no comprenden que la familiaridad no puede ser recíproca y que si bien es admisible de nosotros a ellos, es intolerable de ellos a nosotros.

No bromees con ellos: no te tomarán más en serio una vez que los hayas hecho reír.



No les otorgues ningún cumplido, incluso cuando tu estés satisfecho de su conducta: desde el momento que se les dice que trabajan bien, concluyen pensando que trabajan demasiado, y flojean. Si te encariñas con tu servidumbre, no se lo dejes jamás ver: te pedirán un aumento de salario.



No hay más que dos circunstancias en las que tú tienes el derecho de darles la mano: cuando acaban de perder a un familiar o cuando se van de viaje.

No les tolere ninguna iniciativa: cada vez que obran sin tu permiso minan tu autoridad.

No los incites al desperdicio o al robo con tu desorden. En una casa grande no hay desperdicio pequeño. Cuéntalo todo, hasta las hojas de papel higiénico.

Evita que trasnochen: tienen necesidad de descanso y consumen la electricidad que tú pagas.

Impídeles toda distracción: desde el momento en que se divierten, su trabajo se resiente.

Puedes economizar en todo aquello que concierne a la servidumbre, excepto en una cosa: el uniforme.

No te entrometas jamás en sus pleitos internos, ello equivaldría a rebajarte y se pondrán de acuerdo para desmentirte.

Antes de dejarlos sin hacer nada, empléalos en quehaceres inútiles.

Trasmíteles tus órdenes de una manera breve, clara, autoritaria. Nada de gritos, ya que dejarán de obedecerte. Como sucede con esos caballos a los que

se trata brutalmente, no sentirán ya el freno, pues tienen la boca estropeada.

No admitas que puedan tener razón alguna en contra de la tuya. A pesar de cualquier error que tú puedas cometer, es necesario que te crean infalible.

Sepáralos de la demás servidumbre. Que salgan lo más raramente posible. Dos sirvientes que se encuentran, comulgan en el odio contra el amo. Me he podido dar cuenta de que los míos son peores al día siguiente de sus salidas.

No hables delante de ellos: su imaginación ensucia y deforma. Sobre una palabra insignificante, bordan novelas trasnochadas en las que naturalmente el amo desempeña un papel abominable. Después de una inofensiva conversación de sobremesa ¡qué no les habré oído decir de mí, en mi cocina, un día que los escuchaba por la puerta!

Las faltas que puede cometer una sirvienta son más o menos graves. Entre ellas la indolencia, la torpeza, el atolondramiento, son todas veniales. Existe la insolencia y la indisciplina: si una sirvienta te responde mal o sale sin tu permiso, no puede tolerarse ni debe repetirse. Se lo harás notar al culpable de una vez por todas; si reincide, lo despidas. En fin, existe el robo que es la falta monstruosa, ya que atenta no solamente contra la economía de tu casa, sino contra el orden social y la propiedad, es decir, contra toda la riqueza. Desconfía: no tienes ninguna razón para no sospechar, por principio, de toda sirvienta. A la primera sospecha contra una de ellas, envíala a un recado un poco largo y ve a registrarle su recámara; tú estás en tu casa. Abre su baúl: toda sirvienta tiene un pequeño cofrecito de madera negra rodeado de cuerdas; si el objeto hurtado ha de estar en alguna parte, es allí. Jamás he visto sin angustia desembarcar en mi casa el pequeño cofre negro. ¡"Qué es lo que partirá ahí dentro, pensaba yo!"

No descendas jamás a retener a una sirvienta que te ha hablado de marcharse; incluso si cambia de parecer rápidamente, no puedes quedarte con ella. A partir del momento en que le has dicho que la despidas, no tienes derecho a cambiar de decisión y volverla a tomar; al desdecirte, perderás tu prestigio sobre los demás. Conozco amos pusilánimes que no pueden resolverse a despedir a su sirvienta; he conocido a los que, para evitarse la molestia, se van de viaje. Estoy de acuerdo en que el despido es a veces molesto: hay sirvientas que gritan, que injurian, que amenazan; hay otras que lloran, que suplican, que se ponen de rodillas, que nos toman de las manos; ¡Desconfía especialmente de las que lloran, y corta rápidamente sus lamentos que pueden llegar a ablandarte! Sobre todo si se trata de un viejo criado, teme la influencia de sus cabellos blancos y de sus sollozos que podrían quebrantar tu voluntad, e impedirte obedecer nuestra ley. ¡La cantidad de criados que yo he despedido! He perdido la cuenta. ¿Me ha ido mal? Seguramente al principio transcurre un breve minuto difícil de pasar: es cuando la sirvienta, habiéndose quitado el uniforme nos llega, vestida como todo el mundo a hacer su última tentativa de enternecimiento. Ha vuelto a ser una especie de ser humano; es más molesto. Estoy tranquilo, tú harás igual que los demás. Estas son las pequeñas miserias de los ricos.

(Traducción de Santiago Genovés.)